

## ¿Una teoría social para el siglo xxi?\*

*Atilio A. Borón*

### **Introducción: un fin de siècle antiteórico y su impacto sobre la teoría social**

NO SÓLO HAY UN MALESTAR EN LA CULTURA. Si se actualiza a fines del siglo xx, con rasgos aún más marcados, el diagnóstico que Sigmund Freud esbozara en la década de los años treinta se advertirá que en el ámbito de las ciencias sociales también hay un “malestar *en* la teoría y *con* la teoría”, especialmente con aquellas que, con base en la tradición clásica, intentan explicar la evolución de la sociedad en su conjunto. Desde el punto de vista ideológico actual, dominado por la combinación del nihilismo posmoderno con el tecnocratismo neoliberal, las teorías acerca de la sociedad ocasionan el fastidio y, a veces, hasta el desprecio de muchos científicos sociales. Las teorías, cualesquiera que sean, han caído en desgracia, y cualquier principiante o diletante las cuestiona basándose en la acusación irredimible de no ser otra cosa que “grandes relatos” obsoletos novecentistas, merecedores de la calma acogedora de los museos. Este descrédito de la labor teórica está relacionado con varios factores: *a*) la crisis de lo que podríamos llamar, de un modo un tanto heterodoxo, “la forma universidad” como marco institucional en el cual se llevan a cabo las tareas de enseñanza, aprendizaje e investigación de las ciencias sociales; *b*) a la participación que, al menos en los capitalismo periféricos, tienen algunas instituciones no académicas como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, los gobiernos, y ciertas fundaciones privadas en la elaboración de la “agenda” de investigaciones de las ciencias sociales y en el cada vez más laborioso financiamiento de las mismas; *c*) el lastre antiteórico del saber convencional, potenciado por las exigencias del

\* XIV Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Sociología, Montreal, Canadá, 1998.

mercado de trabajo de los científicos sociales que premia el conformismo y las actitudes “pragmáticas y realistas” y castiga con el desempleo al espíritu crítico y la inclinación teórica; *d*) la deplorable gravitación que ha adquirido el artificioso “practicismo” exigido por las más importantes formas de financiamiento, lo que desnaturaliza la labor de los científicos sociales, devenidos en incompetentes *social workers* a cuyo cargo supuestamente deberían encontrarse los sectores más vulnerables y explotados de nuestras sociedades, y *e*) por último, las lamentables consecuencias que se desprenden del ciclo “gi-go” (*garbage in, garbage out*) resultante de las condiciones adversas en las que se realizan la investigación y la docencia en el ámbito de las ciencias sociales: presupuestos insuficientes, bajos salarios, urgencia por obtener los resultados, etc., lo cual condiciona negativamente la calidad de nuestra producción intelectual.

El talante antiteórico de nuestra época se advierte cuando se le compara con el esplendor europeo del siglo XIX, y del cual la obra de Henry S. Hughes brindara un fresco inolvidable (Hughes, 1961). En los albores del siglo XX los nombres de Weber, Durkheim y Marx, a los que podría agregarse una larga lista de distinguidos teóricos como Simmel, Toennies, Pareto, Freud, etc., eran referencia obligada en el estudio de la sociología, y su influencia ha logrado mantenerse hasta nuestros días. Por el contrario, en fechas más recientes se ha comprobado la desaparición de lo que C. Wright Mills denominara “la gran teoría”. No sólo la síntesis parsoniana se ha olvidado: las teorías alternativas que competían con ella no corrieron mejor suerte. También de la obra de Pitirim Sorokin, cuya farragosidad y estéril enciclopedismo fue condenada a desconocimiento prematuro; lo mismo ocurrió con la teoría de George Homans y Robert K. Merton. En la ciencia política, una disciplina que en los últimos treinta años ha estado expuesta a la influencia de la economía neoclásica, la crisis teórica originó la desaparición de la tradición de la filosofía política y de la “huida hacia adelante” en pos de una nueva piedra filosofal: los microfundamentos de la acción social. Éstos darían como resultado, en su primigenia amalgama de egoísmo y racionalidad, las claves profundas de la conducta humana con abstracción de las circunstancias históricas, factores estructurales o tradiciones culturales que pudieran condicionarla. En uno y otro caso, tanto en la sociología como en la ciencia política los resultados fueron decepcionantes.

Las consecuencias de esta situación se advierten en la progresiva marginación en la enseñanza de la teoría social, tanto en las universidades del primer mundo como en las de los países subdesarrollados. En la economía, por ejemplo, este proceso de disolución teórica está muy avanzado, a tal grado que muchos de los programas doctorales de las principales universida-

des estadounidenses ya abandonaron la enseñanza de la historia de las doctrinas económicas, supuestamente por inservible. El resultado de todo esto es que los jóvenes doctorandos, cuya edad promedio ha descendido notablemente en los últimos veinte años, adquieren una pobrísima y sesgada formación teórica que difícilmente trasciende los límites de los *papers* y libros publicados a partir de la década de los años ochenta. La mayoría de ellos desconoce la obra de Smith, Ricardo y Marx, y sólo excepcionalmente ha examinado algunos textos de figuras tales como Marshall, Jevons, Walras, Pigou y Robinson. Hasta el mismísimo Keynes, sin dejar de mencionar a Sraffa, está considerado como un monstruo antediluviano que poblaba el confuso y oscuro universo previo a la aparición de la econometría. Para estos futuros económetras, muchos de los cuales tendrán la decisiva importancia práctica como funcionarios de gobiernos, expertos de consultorías y grandes bancos transnacionales, o técnicos de organismos tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, lo que se denomina “teoría” no es otra cosa que el conjunto de ideas convencionales desarrolladas en los *papers* publicados por sus profesores —si bien empaquetadas en teoremas hipermatematizados— y que mantienen una remota relación con los problemas reales de la economía. Las quejas recurrentes de algunos empresarios y funcionarios gubernamentales acerca de la inutilidad de la teoría económica para predecir acontecimientos tales como el “efecto Tequila” a fines del año 1994 y la del Sudeste Asiático de mediados de 1997 —tan sólo refiriéndose a dos de los ejemplos más recientes— muestran claramente las insalvables limitaciones de ciertos modelos teóricos que históricamente persisten en la creencia de que su formulación garantiza la importancia y profundidad de sus proposiciones.

Claro está que una situación como la descrita no es sólo privativa de la economía. También se da en la sociología y la ciencia política. En la primera el fin del “estructural-funcionalismo” y la teoría elaborada por Talcott Parsons desde mediados de los años treinta dejó tras de sí un inmenso vacío que aún no ha sido cubierto. La “gran teoría”, hecha a imagen y semejanza del capitalismo estadounidense de posguerra, exaltaba el “consenso sobre los valores fundamentales” que según Parsons predominaba en los Estados Unidos durante los años cincuenta, minimizaba sus tensiones y fracturas estructurales y postulaba, de una manera ingenua y conformista, un futuro concebido como la eterna prolongación de tan idílico presente. La historia de los Estados Unidos de América en la segunda mitad de este siglo desechó tales ilusiones. En América Latina las expectativas optimistas que la sociología y la ciencia económica de esos años anticipaban: desarrollo económico, expansión de las clases medias, democracia política —en suma, una maravillosa “norteamer-

ricanización” de América Latina— fueron desechadas por la historia. Lamentablemente la crisis de la teoría hegemónica significó, simple y llanamente, dejar de lado toda pretensión de teorizar a la sociedad en su conjunto. Ante tal situación la sociología intentó mantenerse en una autodestructiva “ultraespecialización” que le permitió estudiar al árbol ignorando la presencia del bosque (Wallerstein, 1998:50-51).

En el ámbito de la ciencia política la situación no ha sido mejor. Baste recordar el auge y la desaparición de la llamada *behavioral revolution* y de los absurdos intentos, llevados a cabo por el teórico David Easton, de “expulsar” del marco de la ciencia política los conceptos de *poder* y *Estado*, debido a su ineptitud para aprehender y mensurar con precisión los fenómenos de la vida política contemporánea. La famosa *systems theory* que, basada en los trabajos de Parsons, Easton hiciera en los años cincuenta, no fue mejor que la de su inspirador. En años más recientes, Adam Przeworski certificaba la crisis y el desconcierto teóricos de la ciencia política con su sorprendente incapacidad para anticipar acontecimientos tales como el fin de las “democracias populares” de Europa del Este. Según Przeworski esto constituyó un “asombroso fracaso de la ciencia política”, análogo en su magnitud e implicaciones a la ineptitud de la teoría económica dominante para predecir algunos de los acontecimientos más significativos de los últimos años (Przeworski, 1991:1). Pese a ello en la ciencia política se ha persistido en una tendencia que parece suicida: por una parte, la asimilación metodológica de la economía neoclásica, reflejada en el auge de las teorías de la “elección racional”; por la otra, el abandono de una tradición de reflexión filosófico-política que tiene dos mil quinientos años y que, a diferencia de las corrientes de pensamiento actuales, se ha caracterizado por su persistente focalización en torno a lo relevante y a lo significativo. En síntesis: la construcción teórica aparece cada vez con mayor frecuencia de manera fútil y superflua.

### **Génesis de la presente crisis**

Uno de los esfuerzos más rigurosos y fecundos para diagnosticar la naturaleza de la crisis de las ciencias sociales a fines del siglo xx está en el llamado *Informe Gulbenkian*. Este trabajo fue la obra de un grupo de científicos, seis de los cuales pertenecían al ámbito de las ciencias sociales; otros dos procedían de las que con una terminología un tanto obsoleta, según lo prueba el propio *Informe*, podrían denominarse “ciencias duras”; mientras que los dos restantes eran humanistas. La dirección intelectual del proyecto la tenía Immanuel Wallerstein. A lo largo de sus páginas se revisan a algunos de los

hitos más importantes en el desarrollo de las ciencias sociales desde el siglo XVIII hasta la actualidad.

Dado que el *Informe* se refiere a algunos temas que son importantes para el argumento de este trabajo y que ha sido ampliamente difundido, se utiliza como punto de referencia básico de la exposición. Es preciso decir, antes que nada, que en líneas generales hay coincidencia con el diagnóstico y, si bien con algunas reservas que serán expuestas más adelante, con los aspectos propositivos del *Informe*. Es importante sugerir la necesidad de precisar algunas ideas que no son relevantes en su redacción y que eventualmente podrían ser importantes para el desarrollo de la teoría social en el siglo venidero.

Simplificando un argumento que en el *Informe* se explica cuidadosamente, puede decirse que la génesis del presente problema de las ciencias sociales se remonta a la crisis de un modelo de ciencia: aquel que se vino originando desde el siglo XVI y que cabría denominar como el paradigma “newtoniano cartesiano”. El componente “newtoniano” aportaba una idea fundamental para la labor científica: el supuesto, por largo tiempo evidente e indiscutido, de que entre el pasado y el futuro existía una absoluta simetría. De este modo se podían establecer certezas imprescindibles para las nascentes ciencias de la naturaleza, puesto que todo el universo de la creación parecía suspendido en un eterno e imperturbable presente, en espera del científico que llegase a develar sus secretos. La visión “cartesiana” complementaba y reforzaba lo anterior al postular un dualismo insalvable entre el hombre y la naturaleza, entre la materia y el espíritu, entre el mundo físico y el espiritual. En el perímetro definido por estas dos coordenadas habrían de constituirse, siglos más tarde, las ciencias sociales (The Gulbenkian Commission, 1996:2).

Este modelo de ciencia que sustentó el desarrollo de las ciencias sociales desde el siglo XVIII está en crisis. En efecto, el paradigma tradicional comenzó a ser cuestionado desde los años sesenta, si bien los orígenes de esta impugnación tienen su origen a finales del siglo XIX. Dos innovaciones en las ciencias físicas y matemáticas son señaladas por el *Informe Gulbenkian* como de especial importancia por su impacto sobre las ciencias sociales: por una parte, la crisis de la epistemología nomotética en el ámbito de las “ciencias duras”; por otra, los recientes desarrollos teóricos que en estas disciplinas acentuaron la importancia de la no linealidad sobre la linealidad, la complejidad sobre la simplificación, la imposibilidad de aislar por completo al observador del fenómeno observado y, para ciertos matemáticos, la superioridad de las interpretaciones cualitativas sobre la precisión cuantitativa. En suma, dice el *Informe*: “the natural sciences were beginning to seem closer to

what had been scorned as 'soft' social science than to what had been touted as 'hard' social science" (The Gulbenkian Commission:61).

Esta situación no sólo puso en crisis los supuestos de la teoría social del *mainstream* y sus premisas epistemológicas positivistas, sino que también contribuyó a mermar los principios fundantes de la organización de las ciencias sociales, principalmente su fragmentación en "disciplinas" independientes y compartimentalizadas y los criterios de su "profesionalización". Los perfiles de esta crisis fueron sintetizados con precisión en la conferencia que Immanuel Wallerstein pronunciara en la sesión inaugural de este congreso. Para Wallerstein la "cultura de la sociología", es decir, el conjunto de axiomas, premisas y supuestos de distinto tipo que estructuran a la sociología como un saber especializado, se enfrenta hoy a seis problemáticos que si bien no constituyen necesariamente verdades irrefutables "plantean demandas creíbles y verosímiles para que los académicos re-examinen sus premisas" (Wallerstein, 1998:18). El precio que podría tener que pagarse por ignorar estos desafíos es demasiado elevado como para incurrir en actitudes autocomplacientes. Brevemente, los desafíos en cuestión se refieren a la incorporación de la teoría freudiana en el ámbito de las ciencias sociales, la cuestión del eurocentrismo, la construcción social del tiempo (Braudel), la cuestión de la complejidad (Prigogine), el feminismo y, por último, la modernidad.

Es importante hacer énfasis hasta aquí, que la exhortación que Wallerstein hace a los sociólogos y la recomendación que propone en el sentido de reconstruir una ciencia social que dé fin a la artificial fragmentación prevalente, debe ser estudiada y oída con mucha atención por economistas y politólogos. Sería una muestra de arrogancia irracional pretender que la autocritica a la que invita Wallerstein carece de sentido en estas disciplinas. Sólo un espíritu increíblemente obcecado y dogmático podría negar la crisis de la economía neoclásica, que va hacia su eventual dilución en una especie de técnica contable carente de importancia y perspectivas. Y no se trata tan sólo de comprobar la diferencia entre la amplia visión —sociológica, histórica y filosófica, además de económica— de Adam Smith, por ejemplo, con la de algunos de los premios Nóbel de nuestros días, mercedores de tal distinción por haber pergeñado artificiosas fórmulas matemáticas para diseñar instrumentos con los que los operadores financieros pueden estimar los precios de los *junk bonds*, los derivados y las acciones en lo que algunos economistas respetuosos de la tradición clásica denominan como *casino capitalism*. No hace falta abundar más: la decadencia de la teoría económica se comprueba simplemente contrastando los artículos publicados en la *American Economic Review* hace cincuenta años, cuando los economistas todavía se ocupaban, como Joseph A. Schumpeter, por ejemplo, de los pro-

blemas del mundo real, con las banalidades matematizadas que se publican como si fueran productos científicos en nuestros días. Por ejemplo, complejos razonamientos formalizados y modelizados para entender por qué la tasa de ahorro es tan baja en los países subdesarrollados, en los que el prolijo manejo de tres o cuatro variables cuantitativas muestra el hecho de que aproximadamente la mitad de la población mundial sobrevive con ingresos equivalentes a un dólar estadounidense por día, con lo cual pese a los consejos de los economistas neoclásicos las posibilidades de decidir cómo y en qué ahorrar y dónde invertir desaparecen sin ser tomadas en cuenta. O disparates como los que dijera Gary Becker, premio Nóbel de Economía en una reciente visita a Argentina, cuando afirmó que la desocupación, que en ese momento afectaba a 18% de la población económicamente activa, era un falso problema que sólo reflejaba la obstinación de los trabajadores, alentados por sus corruptas dirigencias gremiales al negarse a trabajar por un salario de cien dólares mensuales. Cuando alguno de los presentes le recordó que debido a la sobrevaluación de la moneda local el costo de vida en Argentina era similar al de los Estados Unidos y que ninguna persona podía vivir con cien dólares mensuales, la respuesta del “sabio” fue terminante: “la economía como ciencia nada tiene que decir acerca de cuánto dinero necesita un trabajador para vivir”. No es necesario dar más ejemplos para advertir la necesidad de que la economía debe tomar en cuenta las sugerencias de Wallerstein.

El panorama no es bueno si se observa el caso de la ciencia política, en la que los alcances de la crisis teórica han llegado a ser agobiantes. Esto es cierto debido a dos razones que deben ser distinguidas pero que se encuentran interrelacionadas. Primero, por tratarse de una disciplina que cuenta con una importante y fecunda tradición de discurso de dos mil quinientos años de antigüedad, pero que en estos momentos se encuentra situada en los márgenes de la profesión. Las causas de esta involución son muchas y diversas, lo que impide examinarlas detalladamente. El auge del *behavioralismo* fue, sin duda, uno de los factores. La filosofía política contribuyó asimismo a su decadencia, al no considerar en su ámbito ningún vestigio de pensamiento crítico y resignarse a ser una tediosa y superflua legitimación de las instituciones políticas de la sociedad capitalista, algo que los iniciadores del *behavioralismo* hacían con mayor convicción y con un lenguaje más adecuado a las exigencias de la época. Segundo, porque la ciencia política constituye en el campo de las ciencias sociales el caso más redituable de “colonización” de una disciplina basada en la metodología propia de la economía neoclásica. Ni en la sociología ni en la antropología, la historia o la geografía, el paradigma de la “elección racional” y el “individualismo metodológico” ha logrado el grado formidable de hegemonía que detenta en la ciencia polí-

tica, en sus más variadas especialidades, con las consecuencias ya conocidas: pérdida de relevancia de la reflexión teórica, creciente distanciamiento de la realidad política, esterilidad propositiva. Una ciencia política que muy poco tiene que decir acerca de los problemas que realmente importan y que, para colmo, es incapaz llevar a cabo la búsqueda de una buena sociedad.

La crisis teórica, en consecuencia, es muy grave. De lo que se trata, entonces, es de superar esta situación. Pero antes es importante examinar otra cuestión.

#### La "sensibilidad posmoderna" y la rebelión antiteórica

La crisis teórica de las ciencias sociales se debe también a otros factores. En efecto, el debilitamiento del paradigma "newtoniano cartesiano" no necesariamente habría tenido que causar una situación como la actual si dicho proceso no hubiese confluído con otro, analíticamente distinto pero fuertemente relacionado: el auge del posmodernismo como una forma de sensibilidad, o como un "sentido común" en la acepción gramsciana del término. En otro trabajo acerca de lo señalado, Jameson ha definido al posmodernismo como la "lógica cultural del capitalismo tardío", señalando de este modo la semejanza existente entre el posmodernismo como forma de reflexión, canon estético y formas de sensibilidad, así como la envolvente y vertiginosa dinámica del capitalismo globalizado (Jameson, 1991).

Las teorías posmodernas, múltiples y, en ocasiones, contradictorias entre sí, comparten, pese a ello, algunos supuestos básicos. Es importante hacer énfasis, antes que nada, en el rechazo al universalismo propio de la Ilustración, que se expresa en su rechazo a cualquier concepción de términos tales como "verdad", "razón" y "ciencia" (Morrow y Torres:413). Tal como lo planteara David Ford, en un excelente trabajo

Los conceptos actuales de racionalidad y conocimiento enfatizan la variabilidad histórica y cultural, la falibilidad, la imposibilidad de ir más allá del lenguaje y alcanzar la "realidad", la naturaleza fragmentaria y particular de toda comprensión, la penetrante corrupción del conocimiento por el poder y la dominación, la futilidad de toda búsqueda de fundamentos seguros y la necesidad de un enfoque pragmático para enfrentar estas cuestiones" (Ford, 1989:291).

A lo anterior habría que agregar, basándose en Ford, que el así llamado "giro lingüístico", que en buena medida ha "colonizado" a las ciencias sociales, lleva a una concepción debido a la cual los hombres y mujeres de carne y hueso, históricamente situados, se volatilizan en espectrales figuras que

habitan en “textos” de diferentes tipos y que constituyen su identidad como producto del interjuego entre ciertos signos y símbolos heteróclitos. Dado que estos textos contienen paradojas y contradicciones de todo tipo, se está ante el hecho de que su “verdad” es indecidible, teniendo como consecuencia el ultrarrelativismo del pensamiento posmoderno.

No es necesario insistir acerca del hecho de que este ataque radical a la noción misma de verdad implica una fuerte crítica a toda concepción de la filosofía como un saber comprometido con su búsqueda, el sentido, la realidad o cualquier propósito ético como la buena vida, la felicidad o la libertad. Es por esto que Christopher Norris señaló que, el posmodernismo termina instaurando “una indiferencia terminal con respecto a los asuntos de verdad y falsedad” (Norris, 1997:29) en la medida en que lo real es entendido como un gigantesco y caleidoscópico “simulacro” que torna fútil y estúpido cualquier intento de establecer lo que Nicolás Maquiavelo llamaba la *verità effettuale delle cose*, es decir, la verdad efectiva de las cosas. Lo que delimitaba la realidad de la fantasía, así como lo que separaba la ficción de lo efectivamente existente, se desvaneció por completo con la marea posmodernista. Para la sensibilidad posmoderna, en cambio, la realidad no es otra cosa que la combinación de juegos de lenguaje, una descontrolada proliferación de signos sin referentes, así como ilusiones, resistentes a cualquier tentativa de la razón encaminada a mostrar sus contenidos mistificadores y fetichizantes. Como señala Norris, la obra de Jean Baudrillard llevó hasta sus últimas consecuencias el irracionalismo posmoderno: “no nos es posible saber” si realmente la Guerra del Golfo tuvo lugar o no, decía Baudrillard, mientras las bombas caían sobre Bagdad (Norris, 1997:29). Siendo la realidad, en consecuencia, un “fenómeno puramente discursivo, un producto de los variados códigos, convenciones, juegos de lenguaje o sistemas significantes que proporcionan los únicos medios de interpretar la experiencia desde una perspectiva socio-cultural dada” (Norris, 1997:21).

Recapitulando: si la crisis paradigmática del pensamiento científico puso en duda la validez de las premisas newtonianas cartesianas, el nihilismo e irracionalismo posmoderno agravó considerablemente las cosas toda vez que ante la incertidumbre de la primera, la única escapatoria que propone el segundo es la renuncia a toda pretensión de desarrollar una teoría científica de lo social. Quienes están de acuerdo con esta perspectiva, cuyas connotaciones autocomplacientes y conservadoras no pueden ser inadvertidas por nadie, se basan en un solipsismo metafísico que se desentiende por completo de interpretar rigurosamente al mundo y, con más énfasis todavía, de cambiarlo. La famosa “Tesis Onceava” de Marx quedó así, para estos autores, definitivamente archivada.

### ¿Qué tipo de ciencias sociales?

Lo dicho anteriormente implica pensar radicalmente, es decir, desde su base teórica, las razones del actual malestar en el ámbito de las ciencias sociales. Así, es pertinente cuestionar el supuesto que generalmente es soslayado en buena parte de los análisis dedicados a este tema. En realidad, las ciencias sociales no sólo deben ser enunciadas en plural debido a la multiplicidad de “disciplinas” que las componen, sino también debido a que éstas no se constituyen igual en los diferentes planteamientos teórico metodológicos. Hay unas ciencias sociales que se basan en las premisas del empirismo positivista y que llevan a la constitución de la sociología, la ciencia política, la economía, la antropología y la historia como saberes individuales y compartimentalizados; pero hay otra visión de las ciencias sociales, la del materialismo histórico, que propone lo que siguiendo una expresión de Albert Hirschman —importante economista de nuestra época, ajeno a los desvaríos de su profesión— denominaba “el arte de traspasar fronteras”. De eso se trata, precisamente: de traspasar las artificiales fronteras erigidas entre las distintas disciplinas.

Porque, al hacer memoria: ¿Qué era Weber? Wallerstein menciona, en el trabajo ya citado, que el autor de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* era renuente a llamarse a sí mismo sociólogo, y que durante la mayor parte de su vida académica prefirió autoidentificarse como “economista político” (Wallerstein, 1998: 6). Pero, ¿quién osaría negarle a Weber títulos como sociólogo, o politólogo? ¿Y su *Historia económica general*, en qué “disciplina” debe ser colocada? ¿Y qué podría hacerse con el sesgo fuertemente antropológico de su ya clásico estudio acerca de las religiones antiguas: el Judaísmo, el Hinduísmo y el Budismo? Por último: ¿alguien se atrevería a expulsar a Weber del debate político económico alemán a la vuelta del siglo?

¿Y qué podría decirse de Marx? Sin duda su obra está entre la de los fundadores de la economía. Más allá de las irrefutables pruebas que se derivan del análisis de sus principales escritos, enfocados en la crítica de la economía política, existen varios detalles —tal vez simples, anecdóticos o circunstanciales— que así lo muestran. Por ejemplo, de las paredes de la amplia y circunspeta antesala del *chairman* del Departamento de Economía del MIT cuelga, simétricamente ordenada, una serie de cuadros con fotografías u óleos de las principales figuras de la profesión. Allí pueden encontrarse, flanqueada por Adam Smith, David Ricardo y el pastor Thomas Malthus, la clásica imagen de Marx de finales de los años cincuenta, con su flamígera mirada desafiando la ortodoxia de un ámbito no demasiado afecto que digamos a sus teorías. Pero, ¿no hay una teoría social, de las clases y su conflicto, de la

estructura social, de la ideología, también en *Das Kapital*? ¿Y a qué disciplina corresponde *El dieciocho brumario*? ¿A la historia? Por cierto. ¿A la sociología? Sin la menor duda. ¿A la ciencia política? Claro que sí. Puede haber otro caso: Antonio Gramsci, junto con Max Weber tal vez uno de los más grandes pensadores de la teoría social en el siglo veinte. ¿Cómo clasificar su análisis de la “cuestión meridional” italiana? Ese pequeño ensayo, una verdadera obra de arte por su concisión y profundidad, es a la vez una obra de economía al analizar la función de los aranceles proteccionistas y las estrategias de acumulación capitalista del bloque “industrial-agrario” que tuvo a su cargo la construcción del Estado nacional en Italia. Pero también es una muestra de la estructura social del *mezzogiorno*, definido como una “inmensa disgregación social” formada por la pequeña burguesía intelectual. Su análisis acerca del campesinado italiano combina el enfoque macro de una sociología de orientación estructural con la observación antropológica de la conciencia en los actores sociales. ¿Y sus análisis sobre la hegemonía y la dominación en el Estado moderno dónde deben ser ubicados? Estos análisis han constituido, sin duda alguna, uno de los aportes fundamentales para la renovación teórica en la ciencia política en la segunda mitad del siglo xx.

No sería difícil continuar con esta lista. ¿Qué podría decirse de Wilfredo Pareto, autor del famoso *Tratado de sociología* y de *Los sistemas socialistas*? ¿Es economista? ¿Qué duda cabe! Pareto ha sido uno de los más importantes economistas de este siglo, y su teoría del equilibrio de los sistemas le ha permitido asociar su nombre con algunos conceptos fundamentales de la economía. También fue sociólogo y politólogo: su teoría acerca del cambio social y su concepción de la estructura social lo vuelven prescindible debido también a que sus teorizaciones acerca de la política, la naturaleza del poder y el significado del régimen democrático constituyen duraderas, aunque incómodas, aportaciones al estudio de estos temas destacándolo entre los politólogos de este siglo. ¿Y Joseph A. Schumpeter? Hizo aportes sustanciales a la teoría económica, pero su concepción de la democracia se encuentra en la base del consenso “minimalista” y “procedimentalista” que hoy predomina entre los politólogos de nuestros días. Podrían seguir agregándose muchos ejemplos con características similares: ¿era Tucídides sólo un historiador?, ¿y qué decir de Alexis de Tocqueville, Montesquieu y Adam Smith?

¿Qué significa todo esto? Que los teóricos más importantes de las ciencias sociales, incluyendo por cierto a aquellos que no están de acuerdo con la perspectiva epistemológica del materialismo histórico, han hecho contribuciones en su capacidad para “traspasar fronteras” disciplinarias que imponían absurdas restricciones a sus análisis e interpretación de la realidad social. El

empirismo positivista, con sus artificiales e increíbles líneas divisorias entre Estado, sociedad y economía; así como entre pasado y presente; y con su arbitraria fragmentación del objeto de estudio, ha llegado a una crisis terminal. En el ámbito de la filosofía, esta crítica comenzó a formar parte de los debates epistemológicos de las ciencias sociales latinoamericanas a partir de finales de los años sesenta, debido a la obra del filósofo checo Karel Kosik y del español radicado en México Adolfo Sánchez Vázquez (Kosik, 1967; Sánchez Vázquez, 1971).

En la tradición marxista la idea de pluralidad en las “ciencias sociales” siempre fue entendida como un tributo a la creación fragmentadora propia de la visión del mundo de la burguesía y no como producto de una operación científica. El canon positivista fue correctamente interpretado como una postura metodológica que, en el ámbito de la ciencia y el conocimiento, expresaba los intereses y la cosmovisión eminentemente conservadora de una clase que, habiendo transformado y recreado el mundo a su imagen y semejanza, sólo quería mantener su dominación sobre él. Las “afinidades electivas” entre las premisas básicas del positivismo y la visión conservadora de la burguesía que, según Hegel, se definía a sí misma como el último y más elevado momento en la evolución de la humanidad, fueron identificadas por Michel Löwy. Tal como lo plantea este autor, las palabras de Auguste Comte son claramente comprensibles que no es necesario ningún esfuerzo interpretativo: “el positivismo tiende poderosamente, por su índole, a consolidar el orden público con el desarrollo de una sabia resignación” (Comte, 1908, t. IV:100).

Esta actitud del fundador de la sociología hacia los poderes establecidos hace comprender las razones por las que el positivismo habría de transformarse —¡nada menos que en el siglo de la irrupción de las masas!— en uno de los más importantes aliados ideológicos de los regímenes oligárquicos en América Latina, desde el “porfiriato” mexicano hasta el “roquismo” en Argentina, pasando naturalmente por el Imperio y la *República Velha* en Brasil, en cuya bandera se inscribió el lema político fundamental del positivismo: “Orden y Progreso”. El positivismo tenía la función ideológica de “naturalizar” la desigualdad social y la explotación del hombre por el hombre. Esto requería, por supuesto, de una “sabia resignación” que según Comte no podía ser producto de la tradición o la costumbre, bases inestables para la creación del nuevo orden, sino del “profundo convencimiento de las leyes invariables que rigen todos los diversos géneros de fenómenos naturales” (Comte, *ibid*, 1908, t. IV:100).

Tal como lo señala Löwy, el positivismo comtiano se basa en dos premisas estrechamente ligadas entre sí (Löwy, 1975:182).

- a) Por una parte, y desde el punto de vista epistemológico, la sociedad debe ser asimilada a la naturaleza. De hecho, no es casual que Comte denomine a la nueva disciplina “física social”, haciendo énfasis en la identidad profunda entre los supuestos automatismos de la vida social y los que rigen el funcionamiento de los cuerpos físicos. Mediante esta operación, lo social, con sus asimetrías, desigualdades y estructuras opresivas, se “naturaliza”, y la “armonía natural” que existe en el reino de la naturaleza se enfoca en la vida social. La armonía espontánea que Adam Smith había descubierto en la vida económica, regida por la sabiduría de la “mano invisible”, abarca completamente la vida social, prefigurando de este modo las nociones de *kosmos* (como el “orden espontáneo de lo social”) y *catallaxia* (como una síntesis que unifica los intercambios de mercado, los sentimientos de comunidad y la conversión del enemigo en amigo) que en el último cuarto del siglo xx desarrollarían Friedrich Hayek intentando legitimar a la sociedad capitalista (Hayek, 1976:15 y 33).
- b) La segunda premisa del positivismo comteano supera lo estrictamente epistemológico al postular la fundamental identidad entre sociedad y naturaleza: así como ésta se encuentra regida por leyes naturales, lo mismo ocurre con la primera. La sociedad obedece en sus movimientos a una ley “natural”, invariable e inmutable, independiente de la voluntad y la acción humanas. Ante esta realidad se enfrentan los impulsos y las utopías revolucionarias de quienes ignoran esta realidad o, en el lenguaje hayekiano, quienes interfieren irresponsablemente en la evolución del “orden natural” de lo social. La Revolución Francesa ha llegado al final de su camino, y su tarea — destructiva y violenta — debería ser remplazada por el impecable saber técnico de una benevolente tecnocracia (The Gulbenkian Commission, 1996: 11-12). Al condenar la futilidad del “negativismo social” la sociología comteana preanuncia un argumento que al promediar el siglo xx desarrollarían Friedrich Hayek y otros autores adscritos al neoliberalismo en su crítica a los mortales peligros del “racionalismo constructivista”.

#### Elementos para una reconstrucción teórica unitaria de las ciencias sociales

En consecuencia, la crisis de las ciencias sociales debe ser replanteada más que nada como la crisis del paradigma positivista de las ciencias sociales. Para este pensamiento, del cual ni siquiera Max Weber logró estar exento, la

sociedad es concebida como la yuxtaposición de una serie de “partes” diferentes —órdenes institucionales o factores, según el léxico empleado por diversos autores— que en su existencia histórica concreta pueden combinarse de diferentes formas. Si para el positivismo la dinámica social de las distintas “partes” puede reducirse a una legalidad universal que permite el tránsito desde la primitiva “solidaridad mecánica” a la “solidaridad orgánica” del capitalismo industrial, como asegura Emile Durkheim, en el caso de Weber las cosas son distintas. En efecto, la infinita combinatoria kantiana de variables, circunstancias históricas e individuos hace que el caos de lo social sea irreductible a ningún principio organizativo: de allí el rechazo de Weber por el positivismo comteano como por el reduccionismo economicista del marxismo de la Segunda Internacional —que él lamentablemente confundiera con la teoría de Marx— y su insistencia en afirmar que las clases son fenómenos económicos, los grupos de estatus, creaciones que pertenecen al ámbito de lo “social”, y los partidos entidades que se agotan en la escena política. Estos tres órdenes de factores —compuestos además por algunos aspectos particulares— son los que se unen para dar lugar a la historia real, empíricamente observable, y que invalida cualquier tentativa de construir una teoría abstracta y abarcativa de carácter general. De este modo, sólo queda el recurso de entender la historia mediante la construcción de ingeniosos “tipos ideales”, ante los cuales aquélla se convierte en una mera sucesión de “desvíos” en relación con un paradigma basado en la completa racionalidad “medios-fines” de los agentes sociales. Paradójicamente, un intelectual de la erudición histórica de Weber concluye su trabajo elaborando una teoría social y un sistema conceptual explícitamente contrarios a la historicidad de lo social (Weber, 1973).

Contrariamente a lo que sostienen tanto el positivismo como la sociología comprensiva, las sociedades no son colecciones de partes o fragmentos aislados organizados por “leyes naturales” del positivismo o por la arbitrariedad de los tipos ideales weberianos. No se puede aquí dar lugar a una discusión epistemológica acerca del impacto del fetichismo en el pensamiento social a que da origen el advenimiento de la burguesía como clase. (Kosik, 1967; Cohen, 1978: 115-133 y 326-344.) Sin embargo, es importante recordar la idea crítica que George Lukács formulara a esta tendencia hacia la fragmentación y reificación de las relaciones sociales en la *Historia y conciencia de clase*. Esta cosificación, señala el filósofo húngaro, dio como resultado la conformación de la economía, la política, la cultura y la sociedad como otras tantas esferas separadas y distintas de la vida social, cada una con un saber propio y específico e independiente de los demás. En contra de esto, sostiene Lukács, “la dialéctica afirma la unidad concreta del todo”, lo cual

no significa, sin embargo, hacer *tabula rasa* con sus componentes o reducir “sus varios elementos a una uniformidad indiferenciada, a la identidad.” (Lukács, 1971:6-12) Esta idea, naturalmente, es una de las premisas centrales de la metodología marxista, y fue claramente planteada por Marx en su texto *Introducción de 1857* a los *Grundrisse*: “lo concreto es lo concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto unidad de lo diverso.” (Marx, 1973: 101) No se trata, en consecuencia, de suprimir o negar la existencia de “lo diverso” —para utilizar un vocablo muy actual, “la otredad”— sino de hallar los términos exactos de su relación con la totalidad. Los determinantes sociales y los elementos en operación en cualquier formación social concreta son muchos, pero según Lukács el método dialéctico que

La aparente independencia y autonomía que ellos poseen en el sistema capitalista de producción es una ilusión, puesto que están implicados en relaciones dinámicas y dialécticas consigo mismos. Por consiguiente, sólo pueden ser adecuadamente pensados como los aspectos dinámicos y dialécticos de un todo igualmente dinámico y dialéctico (Lukács, 1971:12-13).

De ahí que sea necesaria una metodología que lleve al observador a llevar a cabo una reconstrucción teórica de la totalidad sociohistórica. Este método, sin embargo, no tiene nada que ver con el monocausalismo economicista o el determinismo, puesto que como bien lo recuerda nuevamente Lukács,

No es la primacía de los motivos económicos en la explicación histórica lo que constituye la diferencia decisiva entre el marxismo y el pensamiento burgués sino el punto de vista de la totalidad [...] La separación capitalista del productor y el proceso total de la producción, la división del proceso de trabajo en partes a expensas de la humanidad individual del trabajador, la atomización de la sociedad en individuos que deben producir continuamente, día y noche, tienen que tener una profunda influencia sobre el pensamiento, la ciencia y la filosofía del capitalismo (Lukács, 1971:27).

Esta influencia se advierte en el primer capítulo del *Informe Gulbenkian*, en el que se trata de los alcances de los fenómenos de profesionalización y especialización que dan lugar a un conjunto de “disciplinas” especializadas a lo largo del siglo XIX. Éstas remiten, supuestamente, a otros tantos “campos” recortados de la realidad, que en virtud del nuevo paradigma científico adquieren vida propia y se convierten, debido a la ilusión del positivismo, en ámbitos separados e independientes de la realidad social. Muy ilustrativo es

lo ocurrido con la Economía Política, nombre sólidamente establecido en la academia hacia la segunda mitad del siglo xvm. A medida que avanza el siglo y, sobre todo, después de iniciado el siguiente, las teorías liberales prevalecientes en la nueva disciplina van poco a poco evidenciando el carácter “político” de la economía hasta el punto de que hacia la segunda mitad del siglo xix la disciplina pasa a denominarse “Economía” a secas. Como señalan los autores del *Informe*, la eliminación del adjetivo “política” hizo posible que los nuevos practicantes sostuvieran que el comportamiento económico era la expresión de invariantes rasgos de una psicología individualista y universal, más que un producto de instituciones socialmente construidas e históricamente limitadas. Este argumento, como es fácil percibir, “pudo ser utilizado para reafirmar el carácter natural de los principios del *laissez-faire*” (The Gulbenkian Commission, 1996:17).

Como se comprenderá, de lo anterior se llega a una conclusión contundente: si la ciencia social tiene algún futuro en el próximo siglo, si podrá sobrevivir a la barbarie del reduccionismo economicista característico del neoliberalismo o al nihilismo conservador del posmodernismo, disfrazado de “progresismo” en algunas de sus variantes, será a condición de que se reconstituya como una empresa unitaria, como una ciencia social capaz de capturar la totalidad. Cierta totalidad, claro está, distinta a la que imaginan los teóricos posmodernos ante los cuales aquélla es un caleidoscopio que desafía toda posibilidad de representación intelectual y que se volatiliza bajo la forma de un “sistema” tan omnipresente y todopoderoso que se torna invisible ante los ojos de los humanos. No sólo eso: como señala Terry Eagleton, “[H]ay una débil frontera entre plantear que la totalidad es excelsamente irrepresentable y asegurar que no existe”, tránsito que los teóricos posmodernos hicieron sin mayores escrúpulos (Eagleton, 1997:23).

En consecuencia, el concepto de totalidad que requiere la reconstrucción de la ciencia social nada tiene en común con aquellas formulaciones que la interpretan desde perspectivas “holistas” u organicistas “que hipostasían el todo sobre las partes, y efectúan la mitologización del todo”. Parecería oportuno recordar las conclusiones de Karol Kosik sobre este tema: “la totalidad sin contradicciones es vacía e inerte y las contradicciones fuera de la totalidad son formales y arbitrarias”. A lo que agrega que la totalidad es abstracta si no considera simultáneamente a “la base y la superestructura” en sus recíprocas relaciones, en su movimiento y desarrollo; y, finalmente, si no se tiene en cuenta que son los hombres y mujeres concretos “como sujetos históricos reales” quienes crean en el proceso de producción y reproducción social tanto la base como la superestructura, construyen la realidad social, las instituciones y las ideas de su tiempo, y que en esta invención de la reali-

dad social los sujetos se crean y recrean a sí mismos como seres históricos y sociales (Kosik, 1974).

### **Crisis del determinismo, incertidumbre y caos en la teoría social: comentarios finales**

El *Informe Gulbenkian* plantea que los nuevos desarrollos en las ciencias duras

han subrayado la no-linealidad sobre la linealidad, la complejidad sobre la simplificación y la imposibilidad de remover al observador del proceso de medición y [...] la superioridad de las interpretaciones cualitativas sobre la precisión de los análisis cuantitativos (The Gulbenkian Commission, 1996:61).

Ante este planteamiento convendría formular algunas observaciones. En primer lugar para llegar a un acuerdo, y de paso para destacar que estas nuevas orientaciones del pensamiento científico más avanzado no hacen sino confirmar la validez de algunas premisas metodológicas del materialismo histórico, tradicionalmente negadas por el *mainstream* de las ciencias sociales y que actualmente, debido a los desarrollos epistemológicos acontecidos en el ámbito de las “ciencias duras”, son revaloradas e inesperadamente actuales. En efecto, la crítica a la linealidad de la lógica positivista; a la simplificación de los análisis tradicionales que reducían la enorme complejidad de las formaciones sociales a unas pocas variables cuantitativamente definidas; a la pretensión empirista compartida por la misma sociología comprensiva de Max Weber, de la “neutralidad valorativa” de un observador completamente aislado del objeto de estudio; y la insistencia clásica del marxismo en el sentido de dar una interpretación cualitativa de la complejidad superadora de las visiones meramente cuantitativistas, han sido algunos de los rasgos distintivos de la crítica que el marxismo ha hecho a la tradición positivista desde sus orígenes. Conviene tomar nota de esta tardía pero merecida reivindicación.

Es importante formular el segundo tema como una reflexión y un interrogante: ¿hasta qué punto la teoría del caos es la base ideológica para superar las actuales dificultades a las que se enfrenta la teoría social? El argumento que se esboza en el *Informe Gulbenkian* parte de la constatación de la crisis de los modelos determinísticos en las ciencias naturales ocasionada por la convicción de que “el mundo es mucho más inestable y complejo, y en el cual las perturbaciones juegan un papel sumamente importante” (The Gulbenkian Commission, 1996:62) Lo anterior no implica negar la validez

de la física newtoniana, aunque se afirme que los sistemas estables, reversibles temporalmente, de la ciencia newtoniana representan tan sólo un caso, un segmento limitado de la realidad. Sirve para comprender el equilibrio de los sistemas, o las situaciones cercanas a él, “pero no para los sistemas alejados del equilibrio, y estas condiciones son cuando menos tan frecuentes, si no más, que la de los sistemas en equilibrio” (*idem*).

Si bien estas aseveraciones significan una radical y prometedora apertura epistemológica en relación con el modelo de ciencia tradicional, sería conveniente que las ciencias sociales evitasen reiterar errores del pasado —como ocurriera con el auge del positivismo—, admitiendo acriticamente planteamientos y formulaciones desarrollados en contextos científicos que remiten a objetos de estudio y tipos de abordaje metodológico carentes de relevancia en lo social. No por casualidad hasta el momento no existe alguna aplicación sistemática de las orientaciones heurísticas emanadas de la teoría del caos para la explicación de algún proceso social concreto. No se trata aquí de negar el papel que los elementos “caóticos” podrían haber desempeñado en los inicios remotos de la sociedad humana. Éste es un asunto que nos puede ser analizado y que, casi con seguridad, jamás podrá ser seriamente estudiado. Pero lo que sí parece confirmado es que, una vez constituidas, las sociedades humanas han demostrado algunas regularidades tanto en sus estructuras como en de su evolución histórica que las sitúa mucho más cerca de una condición de equilibrio —no en el sentido parsoniano del término ni en su versión neoclásica, por supuesto— que del extremo del caos. Es sumamente difícil comprender la dinámica de los modos de producción feudal o capitalista en virtud de la productividad del caos. Antes bien, el cuidadoso examen de muy diversas sociedades indica que en su evolución ellas siguieron trayectorias y comportamientos que, en líneas generales, se ajustaron cercanamente a las estipulaciones de ciertos modelos teóricos. Una teoría inspirada en los modelos del caos difícilmente podría mostrar las previsible y sistemáticas tendencias de la sociedad capitalista en todo tipo de condiciones, en materia de concentración de riqueza, rentas e ingresos, por ejemplo; o explicar, valga la redundancia, el “caos urbano” de África y América Latina como resultante del influjo de impredecibles y desconocidas perturbaciones. En suma: la utilidad de la teoría del caos parecería bastante limitada en los estudios sociales. Quizás tuviera cierta importancia en el análisis de situaciones extremas y de corta duración, como por ejemplo cierto tipo de catástrofes naturales como los terremotos o los aludes. Sin embargo, la literatura que ha surgido en torno al terremoto de la ciudad de México de 1985 muestra que lo que se “caotizó” fue el decrepito y corrupto estado priista, y que superado el shock inicial la sociedad se puso en movimiento, reconstituyó sus tejidos

asociativos y se dio a la tarea de auxiliar a las víctimas y prestar ayuda a los sobrevivientes de una manera que para nada obedecía a las estipulaciones de un modelo de caos.

Por otra parte, es cierto que la insistencia de Ilya Prigogine en el carácter abierto y no predeterminado de la historia es un útil recordatorio para los dogmáticos de distinto signo, tanto los supuestamente marxistas que creen en la inexorabilidad de la revolución y el advenimiento del socialismo como los neoliberales que con el mismo empecinamiento celebran “el fin de la historia” y el triunfo de los mercados y la democracia liberal. La historia presenta coyunturas en las que surgen algunas oportunidades a la vez que se clausuran otras. En los años finales de su vida, conmovido por la caída del imperio alemán y el triunfo de la revolución en Rusia, Weber acuñó una fórmula que es importante recordar en la actualidad, tan saturada por el triunfalismo neoliberal: “sólo la historia decide”. Pero sería un acto de flagrante injusticia olvidar que fue el propio fundador del materialismo histórico quien una y otra vez puntualizó el carácter abierto del proceso histórico, más allá de las distorsiones que su pensamiento habría de sufrir a manos de sus simpatizantes y codificadores. Para Marx lo concreto era lo concreto precisamente por ser la síntesis de múltiples determinaciones y no el escenario privilegiado en el cual se desplegaba la potencia creadora de los factores económicos. Fue por eso que Marx, un autor sin cuya recuperación intelectual será imposible reconstruir la ciencia social que necesitamos, sintetizó su visión no determinística del proceso histórico cuando pronosticó que en algún momento de su devenir las sociedades capitalistas deberían enfrentarse a un dilema de hierro: “socialismo o barbarie”. No había lugar en su esquema teórico para “fatalidades históricas” o “necesidades ineluctables” portadoras del socialismo con independencia de la voluntad de los hombres y mujeres que constituyen una sociedad. Las observaciones de Prigogine son importantes porque ratifican, desde una perspectiva completamente distinta y desde una reflexión originada en las “ciencias duras”, las importantes anticipaciones teóricas de Marx.

Recibido y revisado en abril de 1999

Correspondencia: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso)/  
Callao 875 3er. Piso/Buenos Aires, Argetina/tel. 54 1 811 73 13-811 65 88  
fax 4812-8459/e-mail/aaboron@clacso.edu.ar/

**Bibliografía**

- Cohen, G. A. (1978), *Karl Marx's theory of History. A Defence*, Oxford, Clarendon Press.
- Comte, Auguste (1908), *Cours de Philosophie Positive*, París, Schneider Frères.
- Eagleton, Terry (1997), *Las ilusiones del posmodernismo*, Buenos Aires, Paidós.
- Ford, David (1989), "Epilogue: Postmodernism and Postscript", en David F. Ford (ed.), *The Modern Theologians*, vol. 2, Oxford, Basil Blackwell.
- Hayek, Friedrich A. (1976), *Law, Legislation and Liberty*, vol. 2, *The Mirage of Social Justice*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.
- Hughes, Henry Stuart (1961), *Consciousness and Society: the Reconstruction of European Social Thought, 1890-1930*, Nueva York, Random House.
- Jameson, Fredric (1991), *Ensayos sobre el Posmodernismo*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- Kosik, Karel (1967), *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo.
- Löwy, Michael (1975), *Dialéctica y revolución*, México, Siglo XXI.
- Lukács, Georgy (1971), *History and Class Consciousness*, Cambridge, MIT Press, pp. 6-12.
- Marx, Karl (1973), *Grundrisse*, Nueva York, Vintage Books, p. 101.
- Morrow, Raymond A. y Carlos A. Torres (1995), *Social Theory and Education. A critique of theories of social and cultural reproduction*, Albany, SUNY Press.
- Norris, Christopher (1997), *Teoría crítica. Posmodernismo, intelectuales y la guerra del Golfo*, Madrid, Cátedra.
- Przeworski, Adam (1991), *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (1971), *Filosofía de la praxis*, México, Grijalbo.
- The Gulbenkian Commission (1996), *Open the Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*, Stanford, CA, Stanford University Press.
- Wallerstein, Immanuel (1998), "The Heritage of Sociology, The Promise of Social Science", mensaje presidencial, XIV Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Sociología, Montreal.
- Weber, Max (1973) *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 39-101.
- (1964), *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, pp.692-694.